

EL INGENIOSO CAPITALISTA Y SU CONTRIBUCIÓN A LA IDEA DE EUROPA

per
Gabriella Airaldi

(UNIVERSITÀ DI GENOVA)

En el año 1519, un consorcio de banqueros hizo posible la elección de Carlos de Habsburgo a la corona imperial en contra de su oponente Francisco I, rey de Francia. En esta operación financiera, la más famosa de cuantas tuvieron lugar aquel año en la feria de Frankfurt, se jugó lo que ha sido definido con toda justicia como el *poker* político más importante de la historia. Los participantes en este juego fueron, por una parte, los príncipes electores alemanes, y por otra, poniendo sobre la mesa la astronómica cifra de 852.000 florines de oro, un consorcio de banqueros, entre los que se encontraban los Fugger (los más obligados debido a sus estrechas relaciones con la casa de Habsburgo, y que muy pronto verían parcialmente reembolsada su inversión con el control de la plata y el cobre del Tirol, y con otras rentas imperiales); los Welser (que implantaron la primera colonia alemana en Venezuela), junto a algunos nombres importantes del mundo financiero florentino como Filippo Gualterotti, o genovés, como Benedetto y Agostino Fornari o Agostino y Nicolo Grimaldi. Todos estos hombres, herederos de antiguas familias, eran protagonistas activos de un sistema superestatal que, habiéndose desarrollado durante más de dos siglos, consiguió elaborar, a finales de la Edad Media, una red financiera de ámbito europeo que se encarnaba en una élite de la que formaban parte individuos pertenecientes a diversos países de Europa.

Este sistema superestatal -que a veces ha sido calificado de república internacional del dinero, constituye uno de los elementos que mejor caracterizan la vida europea. La existencia de un sistema como éste, tan ramificado y elástico, casi perfecto en sus líneas de actuación, permitió que toneladas de metales preciosos procedentes de los lejanos países del Imperio Español se difundieran en el Viejo Mundo a través del puerto de Sevilla. La mediación financiera de los genoveses inyectaba el oro americano en Europa (cuando no lo retenía en sus propios bolsillos): en Flandes, Alemania, Italia, siempre en busca del inmenso

escenario de las guerras europeas. La profundidad de sus raíces y la amplitud de sus inabordables confines convertían este sistema superestatal en el elemento que mejor caracterizaba la identidad europea y el que mejor la defendía de cara a un futuro, en el cual Europa tendría que confrontarse con el resto del mundo, tanto en oriente como en occidente.

Todo comenzó a finales del siglo xi, cuando un grupo de hombres de negocios (los mercaderes gentilhombres) que miraban y actuaban más allá de los confines de la geografía tradicional, comenzó primero a construir y luego a mejorar ese sistema cultural y operativo que, a comienzos de la Edad Moderna, se revelaba como un modelo especialmente característico de la identidad europea. A mediados del siglo xiii, aún careciendo de formulaciones teóricas pero solidamente asentado en la actividad de los individuos y las empresas, el sistema se nos presenta ya como una de las vías que mejor definen esa *qualitas* por la que Europa se distingue por ser creadora de unos modelos de comportamiento, que luego fueron propuestos y exportados al resto del mundo. Por eso mismo, parece seguro que una de las mejores formas de aprehender la identidad europea consiste en recorrer el camino de la aparición y el desarrollo del capitalismo: un sistema no solo económico, difícil de captar en su globalidad pero perceptible en una infinidad de datos concretos; un sistema que, surgiendo en una área geográfica muy determinada, y antes de expandirse por el resto del mundo, consiguió *aculturizar* la Europa occidental con un tipo de acciones progresivas que convirtieron la Europa oriental en una contrapartida subordinada y dependiente.

A comienzos del siglo xvi, y cada vez con mayor claridad en el transcurso de este siglo, el capitalismo concluyó la difícil conquista de Europa. A este respecto, se puede afirmar (como así se ha hecho en alguna ocasión) que se trata no sólo de la victoria de una minoría aguerrida de hombres de negocios sobre una mayoría de campesinos, sino también la victoria de una herejía de aquella *Republica Christiana* donde la Iglesia había intentado resolver siempre todas las cuestiones en el plano de la ética. Por eso mismo, no fue tanto la victoria del dinero, de la riqueza, del materialismo; fue más bien la victoria del espíritu creativo y de la razón del hombre rebelde sobre los vínculos impuestos por la fe y por la voluntad religiosa. Eso explica por qué el proceso de inserción del capitalismo en la sociedad europea, aun cuando fuese lento y difícil, marcara una verdadera ruptura de la idea unitaria y cristiana del mundo. Fue, por consiguiente, la victoria de unos valores nuevos o adoptados por la ciudad medieval, que quedan perfectamente sintetizados en los versos del poeta griego Alceo, escritos en el siglo vi a. J.C.: *Ni las casas de bellos techos, ni las piedras de muros bien construidos, ni los canales, ni los muelles hacen la ciudad, sino los hombres capaces de aprovechar las ocasiones.*

En el período central de la Edad Media europea, se consolida un concepto de ciudad caracterizado de forma esencial, como repetidamente ha recordado Roberto López, por un valor económico. La ciudad medieval europea (que es diferente de cualquier otro modelo urbano por la complejidad de las funciones desempeñadas) permite la aparición del individuo como una auténtica recuperación del *homo naturalis* en relación con el ambiente en el cual trabaja. La ciudad es el lugar donde el bien común asume una connotación inmanente, al tiempo que una serie de formas de solidaridad transversales crean una fuerte tensión entre la sociedad civil y el sistema político, cualquiera que éste sea. La instrucción, al igual que el aprendizaje y la experiencia, se convierte, dentro de los límites de la época, en mecanismo de ascenso social, en la medida que gracias a ellas es posible la aparición de nuevos modelos de comportamiento, que afectan no sólo a la acumulación de riqueza sino también a la inversión dedicada a la producción y a las necesidades sociales y de participación colectiva. Sin que se llegue a transformar completamente la propia posición de nacimiento, es posible cambios profundos en el *status* social gracias a la formación surgida en la avanzada cultura urbana del *Quattrocento*, como se puede ver, por citar un caso famoso entre otros muchos, en la vida de Cristóbal Colón, que de ser hijo de un tejedor de lana se convierte en almirante, aunque lo consiguiese lejos de su patria. No siempre fue así, desde luego, y menos aún en las fases iniciales de esta revolución económica donde las líneas de actuación estuvieran trazadas por los mercaderes gentilhombres pertenecientes todos ellos al vértice de la sociedad urbana. Pero es verdad en cambio que en las primeras fases de afirmación de esta nueva manera de entender la economía, la acción del hombre aparece profundamente transformadora de todo el orden preexistente. Antes que nada, por cierto, con respecto al mundo agrario-feudal, con el cual tenían que competir y tratar estos hombres de la ciudad, y, mucho más aún, con respecto a su sistema de valores (organizado en torno a la teoría de los tres órdenes). Por otro lado, las nuevas propuestas chocan con el otro elemento subversivo presente en la sociedad europea: el cristianismo, dominante en la construcción de la sociedad con sus valores, el igualitarismo teórico, el *contemptus mundi*, el odio por el dinero *radix omnium malorum* y por el *turpe lucrum*. Se trata de una lucha dura, bastante perceptible en el lenguaje público de la época, tanto más aguda cuanto más crece (cosa curiosa en las zonas cercanas a la Santa Sede) esa economía monetaria que, a través del progresivo uso de los instrumentos de papel y de las escrituras contables, asume características casi inmateriales y aparece, por lo tanto, cada vez más difícil de controlar.

En efecto, hasta los primeros siglos de la Baja Edad Media, una economía de subsistencia había permitido mantener vivo el concepto aristotélico de la

esterilidad del dinero, de la evangélica fórmula: *Mutuuum date, nihil inde sperantes*, o sea, la economía dependiente de la ética. El comercio y la productividad del dinero sin límites demuestran que grupos de cristianos logran abstraerse total o parcialmente del control de la Iglesia, mediante la introducción de un concepto de autonomía y separación. En pocas palabras: por un lado están los juicios negativos y de desprecio aristocrático hacia esas actividades y por otro el furor de los predicadores.

En este sentido, es bastante claro que no es posible hablar de los albores del capitalismo sin hablar de la ciudad, de los hebreos o los templarios. Pero con todo no se puede comprender plenamente la ciudad como *foyer* del capitalismo si no se considera una específica zona geográfica de Europa, que corresponde sin duda a la Italia centro-septentrional. La historia de esta *revolución comercial* y financiera es una historia bastante conocida, que se produjo también en otras áreas geográficas y en otras ciudades: Flandes y Alemania, Barcelona o Marsella, aunque de forma mucho más reducida y de una eficacia mucho menor. Así pues, el área italiana aparece y es privilegiada porque no se puede tener libertad económica en ausencia de otras libertades. López, Braudel y Murray han expresado bien el rol esencial desempeñado por la ciudad italiana en la formación del mundo moderno, pues no cabe duda que sólo en el área centro-septentrional de Italia se hizo posible la autonomía política que posibilitó la instauración de la economía de mercado a nivel de gobierno, hasta el punto que puede decirse que sólo en el *comune* italiano la *revolución comercial* se unió a la *revolución política*.

Este hecho fue posible debido a que en la ciudad italiana se formaron élites portadoras de un nuevo sistema de valores, destinado a hacer desaparecer, sin bien a largo plazo, la sociedad y la cultura tradicionales. Así, para Braudel, Italia es *préfaction de la modernité*, es decir, el lugar donde encontramos por primera vez el uso sustantivado y adjetivado del término *capital*. Italia se halla en el centro de las discusiones sobre la usura y la avaricia: fue allí donde las despreciadas *artes mechanichae* contribuyen al cambio de los conceptos de espacio y tiempo, al ligarlos de manera indisoluble; fue también allí donde cristalizó el individualismo adquisitivo, motor de la acción económica. El hombre italiano, al buscar la utilidad de todas estas cosas, llegó a superar los límites de la cultura tradicional, gracias al entrecruzamiento de los tráfico y del perfeccionamiento de las formas contables; e incluso a renovar el concepto del *orbis tripartitus*, y a describir el mundo en términos matemáticos. La experiencia directa les enseñó que, sin olvidar la Providencia, la historia está hecha por el hombre, y que el mundo, explorado por necesidades económicas, era diferente de como se le había imaginado. El *homo naturalis* es el *homo faber fortunae suae*

que, dedicado a la apertura de los mercados mundiales, separa de hecho la vida económica de la ética. Este fue, sin duda, el primer paso, luego vino el uso de la política por la política o del arte por el arte.

Una operación difícil de entender, incluso para los contemporáneos fue, sin duda, la manera de aprender a relacionar razón, técnica y experiencia directa en un tipo de actuación que apenas si existe fuera de las grandes ciudades italianas protagonistas de la expansión marítimo-comercial, como Génova o Venecia. Baste pensar en el florentino Dante Alighieri, y en su incapacidad por comprender el sistema de valores que caracteriza el mundo mercantil y financiero en el que vive; o, de un modo más general, baste recordar la incompreensión y el juicio malévolos que campea a menudo en muchos testimonios no italianos hacia aquellos banqueros que prestan dinero a los reyes, que son arrendatarios de impuestos, que son mercaderes y financieros, temidos aún cuando necesarios, pues todos ellos pertenecen a una realidad muy diferente a la de su medio: *les lombards n'y apportent un ducat, mais seulement une feuille de papier dans une main et une plume dans l'autre et ainsi tondent aux habitants la laine sur le dos et leur font gabelle de leur propre argent...* Pero está claro que este salto hacia adelante explica porque el sueño de Ulises (que se hace realidad a finales del siglo XIII con los viajes de Ugolino y Vadino Vivaldi *ad partes Indie* y de Benedetto Zacharia hacia Flandes) se ha convertido en la utopía fundacional de la moderna cultura europea.

La historia del capitalismo, de sus juegos y de sus propuestas siempre diferentes, aunque está llena de informaciones y de testimonios de todo tipo, es una historia larga, difícil de recorrer, que entre otras cosas propone una periodización diferente a la tradicional. Eligiendo esta clave de interpretación se puede ciertamente anticipar al siglo XII el comienzo de la Edad Moderna.

Privilegiar esta clave interpretativa y esta periodización diferente es también comprender como el Mediterráneo es la cuenca natural de la formación del capitalismo y la Europa mediterránea su puerta de expansión; con lo que se reconoce al Mediterráneo el papel que le corresponde en la formación de la identidad europea. Lo que se encuentra en las ciudades italianas del siglo XII, y de una manera más variada y consistente en el siglo XIII, esa modalidad diversificada y renovada de las operaciones contractuales, ese modo de ejercer el crédito y la banca (y que pronto se extiende a otras ciudades mediterráneas como Barcelona y Marsella) se encontrará mucho más tarde en el resto de Europa. Estas transferencias culturales han quedado suficientemente probadas en una exposición celebrada en Génova en 1992 bajo el epígrafe *Credito e Banca dalla Italia all'Europa, secoli XII-XVIII*. En dicha exposición se lograron fijar, tal como se puede seguir en los estudios que se insertan en el catálogo y en las ilustraciones

visuales, la progresiva difusión de los instrumentos del crédito y de la banca, la evolución y ampliación de las áreas involucradas partiendo de las zonas de origen. Aún hoy encontramos la *Lombard Street* en Londres, la *Lombard Straat* en Amsterdam, los *Remparts du Lombard* en Amberes, la *Rue de Lombards* en París que, junto a otros elementos de larga duración en la lingüística y en la terminología de la banca internacional, son un testimonio evidente de las huellas dejadas por esta antigua historia (obsérvese, sino, a modo de ejemplo entre otros muchos, como el término alemán *lombardieren* significa aún hoy prestar sobre prenda, o como los términos *konto* y *girokonto* derivan de sus equivalentes italianos).

Miles de documentos, en parte estudiados y en parte aún por investigar, atestiguan como la productividad del dinero penetra en todos los aspectos de la vida: se invierte en *acomendaciones* o *societates*, se invierte en la producción, se invierte en préstamos a las *comunidades*, se invierte en grandes préstamos a las monarquías (a veces con resultados funestos como sucedió a los Bardi y a los Peruzzi); se invierte en todo tipo de operaciones, como la efectuada entre el genovés Manuele Pessagno y el rey portugués dom Dinis en 1317 para la construcción de una flota real (que con el tiempo será utilizada en importantes operaciones de exploración geográfica). Puede tratarse de individualismo, como sucede con los genoveses, o de microeconomía empresarial como sucede con los toscanos, pero en cualquier caso se trata de formas diferentes de supervivencia, de las cuales el crédito es el elemento motor y la letra de cambio la bandera panameña.

Resulta difícil seguir las vicisitudes de esta actividad, como no fue fácil para sus protagonistas, los célebres y los no tan célebres, ganar espacio, crear y mantener conexiones, debido a la incertidumbre y riesgos de un sistema político fraccionado e inestable, sujeto a rápidas e imprevistas tormentas en occidente, así como a la hostilidad de la Iglesia que trata de defender su interpretación del mundo frente a la agresión de ese elemento inmaterial, el dinero, que viaja sin viajar materialmente y que sabe crear, como escribe un mercader milanés del siglo XIV, una solidaridad sin fronteras.

A partir del siglo XIII es posible dibujar un mapa de Europa, diverso al mapa político, en base a los itinerarios marítimos y terrestres, donde los puntos salientes están constituídos por los centros económicamente importantes, sean ciudades o ferias. En este mapa se puede seguir la red que se ha ido formando entre el Mediterráneo y Europa, el desplazamiento de los límites de un modo de operar que, comenzando en la relación oriente/occidente, involucra desde el Mediterráneo zonas cada vez más vastas de Europa. En las ferias de Champaña (que desaparecerán con la apertura de la ruta atlántica hacia el Mar del Norte) se encuentra el registro de contabilidad más antiguo (el de los Ugolini de Siena, de mediados del siglo

xiii); las ferias son un punto de encuentro de las diferentes naciones, áreas de intercambio y compensación entre los hombres de la Hansa y los hombres de las ciudades de la Europa mediterránea. La validez de este diseño se comprueba con la aparición de otros puntos de intercambio en rápida sucesión: Brujas, Amberes, Lyon, Ginebra, Medina del Campo; así como con la aparición de las ferias financieras de Besançon, la bolsa de Amberes y la multiplicidad de roles de Amsterdam; además de con la aparición de la *taula de canvi* de Barcelona, el banco de San Giorgio de Génova, el banco de Rialto de Venecia, los montes de piedad (el primero de los cuales fue el de Perugia en 1462), y la banca de Inglaterra.

Ésta es además una historia en extremo difícil, pues los efectos sobre la sociedad que la vive y la hace suya a cada momento son muy difíciles de percibir. Entre los siglos XIII y XIV, el dinero y sus múltiples formas de ser invertido, tan diferentes a los del pasado, empieza a formar parte de la imaginación colectiva: los versos de Cecco Angiolieri, Dan Denier, las palabras del *Libro del Buen Amor* contraponen las crisis de la áspera lucha que se desarrolla en el interior de esta sociedad, y que resuena en los sermones de Cesáreo de Heisterbach y Stephan de Bourbon, en la prudente solución de Santo Tomás sobre el justo precio y la justa remuneración, sobre la huella de la cual se mueve con entusiasmo el arzobispo de Génova, Jacopo da Varagine, que tan bien conoce la problemática de su ciudad. En este momento el pecado de la *avaritia* avanza, dejando en segundo plano la *superbia* que con anterioridad había ocupado el primer lugar, mientras que se utiliza el Purgatorio como posibilidad de salvación.

Es posible afirmar en este contexto, siguiendo las huellas de Marx y Galbraith, que antes del capitalismo realmente no había de qué hablar y por lo tanto no podía existir una ciencia económica. Pero con la afirmación de la nueva economía, da sus primeros pasos la ciencia económica: la lectura objetiva del fenómeno se abre paso con Jean Buridan y su defensa de la propiedad privada y con Nicolás de Oresme, obispo de Lisieux, y sus leyes sobre la moneda. Es la época de los *horizontes abiertos*, cuando los italianos se mueven desde la China al Atlántico y escriben sobre ello en sus *pratiche di mercatura*, cuando la mejora de las técnicas permite alcanzar el mayor provecho, cuando el mercader sedentario sustituye al de la época anterior y en los mapas se dibuja el mundo conocido cada vez con mayor precisión. Surge así el tipo antropológico del *hombre frío*, el que sabe separar la economía de la ética, relegando los problemas de su conciencia a la cuenta del *señor Dios* al final de su testamento, con la esperanza de que el tránsito por el Purgatorio ofrezca una solución a su instancia de salvación.

Aquí interesa evidenciar por igual lo que ya es conocido desde hace tiempo, es decir, que los italianos fueron los que consiguieron imponer un sistema

económico nuevo a Europa, como lo que comienza a conocerse en los últimos años, es decir, que el dinamismo de este sistema económico trae consigo la afirmación de los valores urbanos. Estos implican tensiones y aceleraciones en el interior de la sociedad civil; proponen la razón como modelo, subrayan el valor del individualismo adquisitivo y competitivo; promueven la búsqueda de las novedades científicas y tecnológicas, el *descubrimiento* de mundos siempre nuevos; reconocen a la escritura un valor imprescindible, que les identifica y le resulta necesaria, aun en sus más abstractas formulaciones contables, aun en sus signos especializados, en la escritura del mercader, en sus siempre diferentes propuestas formales y documentales, como el primer cheque o la partida doble. De igual modo, esos valores dan al tiempo un valor absoluto, secular, promueven la secularización de la sociedad, la libertad de conciencia, la necesidad de la educación y del conocimiento como medio de elevación y de posible tolerancia. Los grandes mercaderes de la Edad Media fueron a menudo también hombres de estado; más adelante, el mercantilismo sancionará la victoria no de los hombres sino del sistema y de la cultura que ellos mismos habían promovido.

Si se interpreta el capitalismo como una revolución permanente y a los hombres de negocios de los comienzos de la Baja Edad Media como una fuerza subversiva y al final de esta época se consigue comprender figuras como los Coeur, Medici, Fugger, Stromer, Ruiz, entonces es posible entender la república internacional del dinero no sólo como una simple fórmula de solidaridad superestatal sino como una progresiva toma de conciencia de la identidad europea. Se comprenderá mejor aquello que Maquiavelo y otros muchos después de él sugirieron para subrayar la diferencia entre los estados de Europa y el despotismo oriental. Y, finalmente, comprenderemos mucho mejor el significado profundo de la expresión renacentista *homo faber fortunae*, así como las palabras de Alberti (*el tiempo es dinero; no digas mañana*) y su resonancia en *De Avaritia* de Poggio Bracciolini, pondrán de manifiesto el modo de enfocar la problemática sobre el dinero con tonos muy diferentes de los del pasado.

En realidad, las numerosas y pequeñas batallas del mercader medieval y su acción consciente orientada a romper las barreras, no han contribuido a cancelar el debate sino a profundizarlo, e incluso a convertirlo en un elemento necesario y a transformar las antiguas certezas en dudas, contribuyendo de una manera decisiva al nacimiento del mundo moderno.

Si bien es cierto que las ciudades italianas ceden el lugar a los estados europeos más fuertes, son sin embargo hombres de negocios italianos los que, en la primera generación de los grandes *descubrimientos* geográficos, registran con más frecuencia y con más autenticidad y variedad las experiencias de los nuevos mundos, hasta el punto que serán banqueros genoveses los que continúan dando

testimonio al Imperio Español de la fuerza de un sólido capitalismo. Este tipo de actos no son casuales: manifiestan a las claras que la antigua vocación permanece intacta. Mientras otros se encargan de administrar las grandes operaciones que promueven las grandes transformaciones de esta época, los italianos siguen tejiendo el sutil hilo que desde los lejanos tiempos de las cruzadas enlaza sin solución de continuidad toda la historia europea en una red cada vez más compacta.

En el año 1522, en el libro mayor de feria de Bernardo y Antonio Gondi, mercaderes de Lyon, aparece una cuenta en partida doble a nombre de Giovanni di Verrazano, correspondiente a la financiación del primer viaje realizado por él mismo al servicio del rey Francisco I de Francia, a un lugar llamado entonces Angoulême, y que luego tomaría el nombre de Nueva York. Hubo una convergencia de capitales franceses e italianos en la base de esa expedición, con la cual Francia entró en la expansión atlántica. Gracias a ella, Francisco I pudo decir con orgullo al Imperio Español, en el cual *nunca se ponía el sol que el sol brillaba para él como para los demás* y que *habría deseado muchísimo ver el testamento e Adán para saber como éste había dividido el mundo*.

Al igual que había acontecido y acontecía a muchos de sus compatriotas, Verrazano que alcanzó su identidad en tierra extranjera, entró en la imaginación colectiva, asociado a Colón y Caboto, no como una falsa proyección de un mito superado sino como un símbolo del pasaje a otra época y no sólo a otro mundo, en base a una continuidad ligada a los valores manifestados por una acción en perfecta sintonía con aquella de los lejanos mercaderes que, en una dimensión geográfica más pequeña pero no con menos riesgo, recorrían todos los caminos de un mundo entonces desconocido y probaban todas las vías para que su dinero o el de los demás, justamente empleado, proporcionara junto con la ganancia nuevas y diversas posibilidades.

Los grandes viajes, centro de intereses a veces alejados entre sí y de diversos modos de interpretar el descubrimiento y la conquista, cambian esta vez, definitivamente, la historia del mundo: la del Viejo y el Nuevo Mundo. La combinación de hombres, naves y capitales impone ahora un ulterior dinamismo y un futuro imprevisible para los juegos de intercambio y las finanzas, la inversión de capitales y la productividad.

La interpretación del mundo del hombre de negocios sin embargo es siempre la misma: la que en 1491, resume en su correspondencia privada el genovés Gregorio di Negro, descendiente de una familia que había conocido y había utilizado a la perfección las técnicas y las maneras del capitalismo, con las siguientes palabras: *Virtutem primam puto esse compescere linguam. Si mercator eris, si lucro intentus et ardens, non parcas calamo nec piger sis omnibus oris.*